

PRESENTACIÓN

Cuando Sebastián García escribió las páginas de este libro cálido y hermoso yo, nacido como él en La Puebla de Guzmán, apenas tenía tres años. A pesar de que su fama bien ganada había traspasado por entonces los reducidos límites de nuestro pueblo, nada supe de la existencia del autor y de su libro hasta muchos años después. Tanto mi diáspora personal, no tan afortunada como la suya, pues él no dejó nunca de regresar a sus orígenes, como la enorme diferencia de nuestras edades, me impidieron conocer a un hombre de su talla artística y literaria, porque él había comenzado su carrera de pintor en 1923 y cuando se publicó «El pino de la' calle Larga» yo apenas tenía diez años, cumplidos fuera de mi casa. Esta disimetría cronológica y vital no me excusa del homenaje que hoy debo y quiero rendirle con esta presentación, aunque sea verdad que escribirla es un atrevimiento por mi parte que sólo se entiende por el fervor que le profeso. Y así como él comienza su prólogo casi pidiendo perdón al lector por la osadía que suponía la intromisión de un pintor en el raro mundo de los escritores, así también yo reclamo la piedad de sus paisanos y de sus parientes por escudriñar en sus pensamientos, vivos todavía detrás de sus palabras; por mirar con inocente curiosidad esa suma de retratos optimistas de aquel pueblo nuestro de los años veinte que es este libro.

Sebastián García escribió «El pino de la calle Larga» en su edad madura, entre 1953 y 1954, sobre las ascuas del recuerdo de los años felices de su juventud transcurridos en la Puebla, una vez que regresara de su etapa de estudiante en Madrid. Tal vez por esta razón convenga más atender al joven Sebastián recién llegado de la capital, reconfortado por la paz de las calles de la Puebla, que al Sebastián de los cincuenta que mira con nostalgia la luz perdida de su pueblo, que se lamenta de las viejas y hermosas costumbres alteradas por el avance inexorable del tiempo, que echa de menos la candidez

de las muchachas en la flor de la juventud. Este Sebastián maduro, sin dejar de ser pintor, no satisfecho con enseñar a todo el mundo los colores de su tierra, la naturaleza de su patria, los escenarios cotidianos de la vida campesina, quiso que La Puebla de Guzmán tuviese «el libro que todo pueblo merece. Y el propósito así expresado se convirtió en tarea y en su mano la pluma le dictó lo que su corazón guardaba. Obras son amores.

Observador infatigable y reflexivo, «saltaperico del pensamiento» tal como se decía de sí mismo, prudente y mesurado, Sebastián García utilizó sus talentos literarios apenas descubiertos y los puso al servicio de su pueblo, imaginando primero este libro para escribirlo después con un primor y un cuidado que hacen de él una pieza documental primordial para conocer el ritmo de la vida rural en estos confines del reino durante los primeros decenios del siglo XX; y tan viva como las imágenes de sus cuadros de los cuales son mucho más que un complemento. Porque, de elegir entre los muchos valores que encierra su lectura, el primero es de orden moral: es preciso contar la verdad, siempre agridulce, pero sin daño alguno para nadie. Sebastián cuenta la verdad sin menoscabo de personas o de situaciones. Y de ese modo, el lector sabe de la soberbia del párroco; o del misterioso fin que el alcalde ha dado a unos cientos de reales del presupuesto municipal, o del cinismo del Ardefero.

Un libro es un vehículo de emociones y también un escaparate del imaginario moral y del alma de su autor. Que Sebastián tomara entre todas las fiestas de su pueblo la más humilde y

natural, la más popular, la de la gente más sencilla, la más espontánea, fuera del control de las autoridades, la de los jóvenes sin pasado y sin malicia, la del amor naciente, la del pino de san Juan, para enseñar a los extraños cómo era la vida en aquel mundo tan anónimo, no era un capricho sin sentido: las cosas pequeñas son símbolos. Aquella fiesta era la expresión de un espíritu, el de Sebastián, pacífico y, sin alardes, alegre. Y él soñó que su pueblo fuese así también. Y así nos lo mostró.

Pero la historia que nos cuenta Sebastián, que comienza la víspera de san Juan y concluye cuando la propia inercia de la vida lo hace, no es sólo la del pino. Escritor excelente, ambicionó y consiguió superar las rígidas fronteras de la pintura y, ansioso por ofrecernos todo un universo de detalles, no dejó pasar una ocasión para dibujamos un retrato completo de su patria, de sus calles, de sus gentes, de sus trabajos y de sus días; para labrar un copioso tejido de relatos cortos dispuestos y trenzados con finura, usando el hilo conductor del pino de la calle Larga, «lo mejorcito del pueblo», sobre un paisaje de rostros y voces femeninas, de coplas y canciones de amor, de amor temprano, de amor por hacer.

El libro de Sebastián está lleno de gracia y de frescura, como su pino.

A la búsqueda de una pura emoción estética y sentimental la obra no podía comenzar sino con la alegría nerviosa de las muchachas del taller de mallas y bordados de la Cruz de las Azucenas, que alborozadas esperan la ceremonia de la corta del pino, de la que serán testigos gozosas y de su transporte casi en procesión hasta la calle Larga cuando el sol se va poniendo por tierras de Portugal, cuya raya «es un largo cobalto». El callejeo del árbol hasta su propio patíbulo da lugar a una conversación del autor con su pino amigo, de quien pone en boca sus personales impresiones sobre el pueblo que tiene a la vista desde otra perspectiva : de «un pueblo coronado de molinos», del interior de sus casas, de sus suelos rojos y de sus arcas, de las muertes de los viejos que estropean la fiesta a sus parientas jóvenes porque «los viejos van a lo suyo que es el morir», de los mineros de Las Herrerías que regresan tiznados de la contramina, de la siega que coincide con san Juan, de la gente moza y valiente que ha venido con el acarreo del trigo, de los otros pinos de las calles del Campo, Las Peñas, Barrio Grande y Llano.

No obstante, las protagonistas del día de san Juan y del baile del pino son las muchachas de La Puebla a las que Sebastián trata con mimo y ternura de gran poeta: y entre todas ellas Vázquez la Bollera, de quien Manuel Clavelito espera una mirada para arrancarse con el acordeón, Gómez la Montesina la del Ventorro, que alegre y buena, le da luz al aire y regocijo a la calle, Juana la Colorá, Fernanda la Viturina la del «pañuelo de espumilla color de tórtola», Domínguez la Catrena que dicen que nació sabiendo. El baile del pino no es propio de señoritas finas, sino de mozas sin melindres ni refinamientos, de espíritus libres y llanos por las cuales Sebastián siente una especial debilidad. Y así van pasando por el libro como por el baile de la noche de san Juan «meneito de cuerpos, movimientos de brazos, relumbres amorosos en sus ojos».

La noche del pino se llena de cantos y de coplas exclusivas del baile. Gracias a Sebastián se conservan. Sin abandonar los tonos líricos y emocionales, cobra pues su literatura, de la que tanto pudor infundado sentía el autor, un carácter antropológico, inédito, singular y de un valor incalculable. El proceso de la conquista, el galanteo, el requiebro, el cortejo amoroso de

los hombres y las muchachas, sin olvidar el papel que juegan las madres en esos «estrechos caminos del amor» forman el corazón del libro. Pero también sus escenarios y las voces que lo anuncian : las bellísimas coplas de Gómez la Montesina «campanita de oro, ave que canta aunque no haya grano», el acordeón de Clavelito, la fuerza de la voz varonil de Pedro '

Charratelo que arrastra a todos, los fandangos de Farelo, el casino de Clueca y el del Lolo, el puesto de tío Peñita.

En el libro están las viejas costumbres de nuestro pueblo ya desaparecidas y sustituidas, los lutos viejos, el aguardiente en la cuerna, el trigo en los doblados, el agua de la Ratera, las recetas de los dulces, el sonido de la pandereta, las letras de las coplas de san Juan, el respeto entre la gente, el ramo de las naranjas de santa Lucía, los noviazgos sin palabras, los motes heredados. No faltan las distantes relaciones de los mineros y los labradores, de los finos y los del campo. Entre sus páginas hallará el lector cómo se bebía, cómo se cantaba, cómo se lloraba, cómo se enamoraba, cómo se sentía. Presente está también la muerte en el libro contada con naturalidad, sin estruendo ni dramatismo. Y la pérdida de un hijo en una guerra y la locura de su madre que lo espera por el camino de Tharsis. Y la despedida y el canto de los quintos como un duelo colectivo. Y la pobreza.

El alma del libro son, no obstante, las mujeres de La Puebla, y sobre todo las más humildes, las de las calles más antiguas y alejadas del centro, Las Laderas, el Ventorro y el Otero, la Vázquez, la San Pedro, la María Jesús, la Ramírez. En sus páginas no falta ninguna. Todas están, unas tácitamente y otras con su renglón o su párrafo. Están las madres que aprueban o rompen los noviazgos, que guardan la honestidad de las hijas, las muchachas de la cara limpia que se acicalan sin tocador ni afeites, que se preparan el pelo con las tenacillas de tres hierros, y para las que Sebastián ha reservado todo su afecto y su excelente buen humor. De su aguda ironía no se libra doña Isabel Tenorio una señora muy fina para quien todo era pecado. Gracias a su bondad se asoma también entre las páginas La Tórtola, la mujer sin nombre, cuya casa de las Animas nunca se cerraba para los hombres que se curaban con sus cariños de «la fiebre mala del mal amor», pues por ella pasaron, «aunque aparenten que no», el boticario, el rico labrador, el veterinario y el maestrillo de las gafas «que parece que no piensa más que en la escuela y en los niños».

En este libro de paisajes y personas está también la defensa de la vida rústica frente a los delirios y las prisas de la gran ciudad. Sebastián se despide y apuesta en el último párrafo de su obra, «sin pasión y sin hipérbole», por la vida tranquila de La Puebla. Cincuenta años después ignoro si aquel sueño suyo se ha cumplido. Es verdad, sin embargo, que aquel tiempo que vivió marcado por el reloj de la torre de la iglesia, por el momento del sol en el firmamento, por los olores de las jaras del Andévalo, por el color de las estaciones en el campo, ha volado ya. Con este libro precioso él nos lo recuperó. Y si nos honró como pueblo con sus pinceles tanto lo hizo con su pluma.

Merece Sebastián García Vázquez, nuestro escritor y pintor, todos los homenajes, y éste que ahora en su memoria le hace la Excelentísima Diputación de Huelva reeditando su libro es tan necesario como oportuno, pero ninguno más íntimo, agradecido y sincero que su lectura.

Francisco Núñez Roldán. Sevilla, 2004.

PRÓLOGO

Entre los miles de puntos repartidos por el mapa de España, hay sobre abajo, antes de llegar al contorno azul del Atlántico y arrimado a nuestra vecina Portugal -dicho sin rodeos, en la provincia de Huelva-, uno que , según el rótulo que tiene al lado, representa a Puebla de Guzmán. Una gota de tinta no gastó el cartógrafo para dejar allí esa representación tan comprimida de esta Puebla. Si intenta comprimirla un poco más, se le queda en el tintero. Creería que así iba este pueblo bien despachado para que el mundo supiera de él, y lo mismo creará el ciudadano de Palafrugell o de Bembibre, lugares que por cierto tampoco tocaron a más tinta en el reparto.

Pero si a esas localidades las puede representar un punto -y lo mismo a un Madrid o a una Roma-, a Puebla de Guzmán, no. Y que nadie se sonría tomando esto por presunción pueblerina, porque dispuesto estoy a demostrarlo. El que a esta villa le han adjudicado, lo único que representa es la ignorancia del cartógrafo.

¿Cómo es posible, me he dicho siempre que miro el mapa, que alguien pueda ver aquí -ni sospecharlo siquiera- la calle Serpa, el casino de Morón, la salida por los Remedios, el cabezo Gordo, y sobre todo a tío Antonio el aguador, viejo sequillo, barbilampiño, vivo, corriendo por la calle Larga detrás de los pajoleros burros para que no se restrieguen por las rejas salientes, que le tienen los cántaros abollados? ¿Y a mí? -aunque esto no tenga importancia-, ¿Dónde estoy yo, que no se me ve con tanto como salgo por las afueras para asomarme a los cercados, mirar los corrales de las casas que se ven desde los callejones, los caminos que salen del pueblo, dividiéndose en cuanto llegan al ejido, y llevarme a casa -con el mismo entusiasmo con que otros llevan trigo- el color de un terreno labrado, de los encinares lejanos o de las manchas de los jarales, para dárselos al fondo de un lienzo que allí espera la caza de mi retina?

¿Qué va a saber el que mire el mapa del pinar de La Ratera, ni de la higuera grande de la huerta de tía Coronada, ni de los sofocones de esta mujer

con los chiquillos que le cogen las vueltas y se van agachados por el callejón del camino viejo de Huelva para robarle los higos? ¡Hay tantas cosas que no se ven!

Sin duda alguna: se quedó muy corto el cartógrafo. Puebla de Guzmán merece algo más que un punto. Merece por lo menos un libro. El libro que todo pueblo merece. En el que su imagen salga piadosamente fiel y viva, y se recoja hasta el eco dormido de las generaciones que por su suelo anduvieron.

Tan así lo creo, que de siempre he venido yo sintiendo que no contara este pueblo con un maestro de la pluma, con mucho de poeta, que lo hubiera dejado escrito. Si ese libro hubiera salido, yo aseguro, y espero que se me crea, que nunca me hubiera pasado por la imaginación la idea de escribir éste que en la mano tienes, lector. Y no por otra razón, sino por la de que siempre estuve convencido -y escribiéndolo comprobé que estaba en lo cierto- que no era tarea a la que por naturaleza yo fuera llamado. Quiero decir que no me dió Dios suficientes aptitudes literarias para escribirlo. Otra cosa fuera si el amor a mi pueblo pudiera considerarse como tal llamada. Pero entonces mi propio gusto y ese amor entrañable a la tierra en que nací, donde florecieron las primeras y más bellas ilusiones de mi vida, y donde sin cansarme de sus

rincones y panoramas -feos y pobres, quizás-, tanto han gozado mis ojos y divagado mi espíritu, hace tiempo me hubiera empujado a tomar la pluma. De ningún modo hubiera podido esperar a que mi vida estuviera más que mediada; cuando ya los sentidos están gastados por el tiempo, a los impulsos románticos solemos achantar vergonzosamente, y hasta -¡oh tristeza de los años!- si no queremos quedarnos sin la amable compañía de nuestros viejos amores, hemos de estar oxeando continuamente a los pájaros negros de la desilusión, el escepticismo y el hastío, que acuden para tomarlos como carroña.

Así no extrañe que este libro, aunque fruto de un amor que me nació en la cuna, haya nacido tarde y con fecundación y parto en extremo trabajosos. La voluntad y el tesón, más que nada, son los resortes que le han traído a la luz. Es natural, pues que, hijo de tan limitadas potencias creadoras, sean más -aunque yo no las vea- sus deformidades que sus gracias. Nadie podrá imaginarse las dificultades que se me presentaban debido a mi falta de técnica literaria. ¡Cuánto hacer, para luego deshacer y rehacer!

Sólo la ilusionada aspiración de que Puebla de Guzmán tuviera un libro dedicado por entero a ella -en el alma siento que no sea el que se merece-, y la vanamente ambiciosa, que yo creo perdonable, de que lo que allí he vivido, y yo con ello, no quede muerto para siempre -o tan pronto-, me hicieron reponerme de los desfallecimientos del ánimo.

el primero de éstos, el más terrible, surgía al conjuro de una voz des-concertante, silenciosa -mala voz-, tan vieja como el mundo y de todos conocida, que de cuando en cuando nos dice que es inútil e inocente el pro-pósito de hacer perdurables los recuerdos; que todo pasa, y a la larga nada queda; que aún de las Pirámides tiempo llegará en que el sol no las encuentre. Es la misma voz desalentadora, de renunciación, que inspiró al pueblo la copla que Don Miguel de Unamuno, que tantas vueltas dió en su pensamiento al juego inexplicable que se traen la vida y la muerte, gustó de citar más de una vez, cuando le daba por hablar de lo ibérico y de la filosofía de este pueblo en lo tocante a eso del vivir y del morir:

Cada vez que considero que me tengo que morir, tiendo la manta en el suelo y me harto de dormir.

Anticipo que no va en este libro la historia de Puebla de Guzmán, que dentro de la gran Historia de España, y al lado de otras villas y ciudades, poco o nada podría representar. La historia de este lugar sólo despertaría interés o emoción en sus hijos. Como el relato de las andanzas de un simple soldado en sus familiares. Pero no es por esto por lo que no la he sacado a flote, sino porque realmente no sé de ella sino muy poco, llegado confusamente por tradición. Para escribir esa humilde historia, que siempre sería incompleta y por lo tanto me dejaría insatisfecho, tendría, como es natural, que dedicarme a la caza de documentos, removiendo y leyendo con paciencia los archivos del Municipio y de la Iglesia; labor para la que hace falta ciertos conocimientos que no poseo, y disponer de determinadas horas libres.

Del Municipio sabido es por declaraciones de vecinos, que constan en el libro de la Declaración de Villazgo, que faltan muchos papeles a causa de los incendios y saqueos que ésta, como otras villas fronterizas, sufrió de los portugueses, en siglos anteriores, en las incursiones que éstos hicieron por razones de su independencia. De suponer es que nosotros haríamos por allí lo mismo, porque cuando de lo malo se trata, lo humano es pagar con la misma moneda.

no sería bastante entrar en estos archivos. Habría que ratonear también en el de Niebla, cabeza del condado, con jurisdicción sobre este lugar hasta 1796, en que se le concedió a éste los derechos de villa. Algo pudiera encontrarse también en los de la casa ducal de Medina-Sidonia, a cuyo señorío pertenecieron estas tierras. Y hasta es posible que en éstos y en los de Niebla se encontrarán papeles de más interés que en los de Puebla, porque se me ocurre que a los pueblos, en algunos casos, les pasa como a las personas: que no se dan a sí mismo por escrito cuenta de lo que les sucede. Casi siempre lo que se escribe es para conocimiento del que está a distancia.

Muchas cosas interesantes de personajes fallecidos se han sabido no por los escritos que dejaron en sus casas, sino por cartas suyas que aparecieron en otras.

Con lo que yo venía encariñado hace algún tiempo, era con la idea de llevar al papel el pueblo en la fiesta o baile del Pino; los bailes de San Juan, como también se dice, porque es en el día de este Santo cuando dan comienzo. No sabemos si en su origen este baile fue una especie de homenaje a San Juan, culto de alguna religión anterior al Cristianismo o simplemente -como ahora- una manera de divertirse los campesinos. Hay quien dice que este baile nos vino de Portugal. Puede ser; pero no creo que eso se pueda demostrar. El que allí, en los pueblos cercanos a la raya, por esta parte, se celebre este baile, nada quiere decir en apoyo de esta creencia, porque también en el lado de acá, hasta hace pocos años, se celebraba en todos estos pueblos fronterizos ().

Desgraciadamente hoy este baile, de sabor todo campesino, está en parte desvirtuado y va en franca decadencia. En Portugal no sabemos cómo anda, pero en la Puebla se le ven claras señales de que está herido de muerte.

A él está dedicado principalmente este libro. Pero como en la actualidad es sólo una sombra triste de lo que fue, y se le está viendo morir a paso agigantado, al dedicárselo me propuse describirlo no en el ambiente de ahora, en el que no se puede negar que resulta extemporáneo y casi extraño y absurdo, sino en el de un tiempo que ya pasó; cuando mi juventud tenía una esperanza ingenua y verde como las ramas del pino que se bailaba. Un tiempo que va ya en la lejanía de treinta años largos; cuando con un retraso de veinte dijo a entrar por las calles de Puebla de Guzmán, «a motor batiente» y escapes de gasolina, este siglo de la prisa.

Por suerte tengo que precisamente por ese retrasillo, el principio de mi juventud, o como diría un otoñal de los que nadie ve encanecer, mi juventud primera -para mí la única-, que fue casi puramente contemplativa, pudo pasearse por la divisoria -divisoria local- de este siglo y del anterior. Y nada de lo que he conocido de cosas, usos, costumbres y ambiente, que este siglo comenzó a aventar a la carrera -pequeñas cosas sin duda, pero que en mí dejaron grata percusión emotiva-, desaparecía, cogiendo a mi sensibilidad dormida.

Resultaría demasiado incompleta la visión de Puebla de Guzmán si me hubiera ceñido sólo al tema de la fiesta del Pino y a aquello que con la fiesta tiene relación. Gran parte del ambiente y del espíritu del pueblo se quedaría fuera. Así, queriendo yo llevar al libro si no todas, muchas cosas que he creído que tienen algún interés, alguna gracia o que son -o eran- características o típicas del pueblo, me he permitido -probablemente contra toda preceptiva literaria, de la que

nada sé- coger por los pelos la ocasión de hablar de ellas. El discurso que le endilgo al pobre pino, hablándole de los quintos, de los lutos y de algunas cosas más, así como otras divagaciones a toda vela, no tiene otra finalidad. Y es que como este libro probablemente será el único saludo de mi forzada pluma, quería yo aprovechar su pequeña capacidad, como aprovecha el saco que lleva al hombro aquel que sale a la busca de lo que encuentre, y no queriendo dejar algunas cosas por detrás, porque cree que no volverá a pisar el mismo camino, las mete a la fuerza, aún cuando puedan estorbarse unas a otras.

Al meterme en esto de escribir, ya contaba yo con el trabajo que había de costarme darle forma a mi sueño literario; pero con lo que no conté fue con la especie de castigo que representa lo que llamaré pudor literario; la resistencia a mostrarle a alguien entendido lo que iba poco a poco, con mucho trabajo, saliendo de mi inexperta pluma.

Tengo visto que con la pintura no pasa esto. El señor más circunspecto y cuidadoso de su respetabilidad, sin un mal día cae en la tentación de coger por primera vez los pinceles y pinta unas inocentes berenjenas, en cuanto se echa un pintor a la cara, con la mayor tranquilidad, seguro de su éxito y de que va a dejar turulato al pintor, se lo lleva a su casa para que éste vea y aprenda cómo, sin maestro alguno, se puede pintar unas berenjenas que no hay quien las mejore. En cambio, este mismo varón guarda unos sonetos ordeñados de su meollo, y si lo acusan de esto ante un poeta declarado, es seguro que se ruboriza y lo niega, como si se tratara de un crimen.

Pero todo tiene su límite. No es posible tener oculto toda una vida lo que en el fondo de nuestra intimidad guardamos con tanto interés como si fuera un tesoro. El que cae en escribir - sea lo que sea-, más pronto o más tarde tiene que leérselo a alguien, o cae enfermo.

Yo no iba a ser una excepción. Confieso que también di a leer mi manuscrito. Mas el problema fue escoger la víctima de lo que a mí no se me escapaba que podría constituir un castigo. Un profesional de las Letras me causaba respeto y, aún más, temor. Porque bien pudiera ocurrir - era lo más probable- que nada más que empezada la lectura pronunciara un fallo despiadado. Y aunque los artistas tomamos casi siempre por incompreensión, hija de la falta de sensibilidad o de talento, el juicio desfavorable a nuestra obra -consoladora creencia que nos hace resistir el golpe-, en este caso no estaba yo seguro de que lo tomaría así. Y, francamente, si había de recibir una desilusión, intuitivamente procuraba retardarla.

Un amigo de esos que saben cosas que no sabe nadie, y lo que es aún mejor y no se paga con nada, se huele la ignorancia ajena y está pronto a ilustrarla, me dió una solución al decirme que un grande hombre -no recordaba si era Goethe o Luis del Val- a quien primero leía sus obras era a su criada. Recurso tan a la mano me pareció ideal. Luego, recapacité y vi que era cruel. Desistí por esto de suministrarle la lectura a la criada de la casa. Por esto y también - todo debe decirse- porque caí en la cuenta de que la muchacha no había de ignorar que hay de sobra casas donde servir sin tropiezos con literatura. Además se daba el caso de que esta muchacha era paisana mía, conocía el pueblo igual que yo, y muchas veces nada más que nombrarle yo la fuente La Ratera, La Cebadilla, al tío Fulano y a la tía Zutana, o hablarle de cómo estaría a esa hora la calle Serpa, en la expresión de su cara notaba yo que en ese momento estaba ella viendo el pueblo, como si estuviera paseándose por él. Bien pudiera ocurrir al leerle el libro, que lo que mi arte no supo decir, lo supiera su conocimiento, su

memoria estimulada. Fenómeno de ilusión este, cuyo efecto quien primero y más lo sufre es el artista. De aquí tantos equivocados. ¡Lo de cosas que el artista ve en su obra y los demás no, porque no existen! Decididamente, el libro tenía que dárselo a leer a alguien que no conociera el pueblo, a ver si recibía la impresión que yo había pretendido dar.

Opté por dirigirme a un amigo, compañero de pinceles. No se crea que de buenas a primeras se dejó meter en el saco. Los pintores sabemos del empujón que hay que dar al amigo para que dé la espalda a la divertida calle y la cara a una exposición, pero no del trabajo, mucho mayor, que cuesta meterlo en una lectura. Semanas habían pasado viéndonos todos los días desde que propuse a mi amigo la lectura, y si no me decido a ponerle por sorpresa el manuscrito en la mano, es seguro que continúa escabullándose.

Leyó éste lo que tuvo a bien leer -a mí me pareció poco- y saltándose hojas. En un descanso que hizo, creí prudente decirle que lo dejara. Y estuve oportuno, porque él no leyó ni una línea más.

-¿Qué te parece? -le pregunté-. Necesito que me des tu opinión, pero con toda franqueza, sin tapujos.

-¿Mi opinión? Yo no entiendo gran cosa de literatura.

-Eso no importa. A la misma altura que estamos los pintores como críticos literarios -o a menos-, están muchos de la pluma en lo que toca a crítica pictórica, y sin embargo se meten a opinar, y allá que te sueltan un chorro de letra que no hay tapón que lo contenga. Con este ejemplo, en justa reciprocidad, creo yo que muy bien puedes meterte a opinar de literatura sin reparo ni comedimiento, y no ya sólo sobre esta pobre y modesta parcela mía, sino sobre el rico y dilatado campo de la literatura universal. ¡Lástima es que no podamos pagar a los de la pluma, armando con nuestra opiniones en su terreno la misma confusión y desconcierto que ellos vienen armando en el nuestro!

-Aunque tienes razón en eso -dijo mi amigo-, no me decido a hacer de crítico literario. Lo único que te digo es que aún leyendo solo así por encima, salta a la vista que el libro está bien vivido por ti. Vivido con el mayor cariño y también con el mayor cariño escrito. Pero -¿por qué no decírtelo?- dudo que pueda interesar un localismo tan acentuado y ceñido a su propio espacio, como ya se ve que ha sido tu propósito conseguir. Un pueblo más de España en la literatura española... Hoy, en la época del avión supersónico, diariamente y con la mayor facilidad se le sirve al público relatos y descripciones de los lugares más ignotos y extraños de la tierra. Porque ahora lo que se quiere es el espectáculo -real o figurado- de cosas nunca vistas ni oídas. No tienes más que ver que ya están estudiando la construcción de carabelas especiales para ir a curiosear por otras tierras celestes. Créeme, de tipos, costumbres y ambientes, lo que interesa hoy es lo muy lejano, lo exótico...

-Oye -dije interrumpiéndole-. En primer lugar tengo que decirte que ni en lo extenso ni en lo intenso estoy satisfecho del localismo de mi libro. Yo hubiera querido que en él se viera el pueblo -su motivo- con más realidad, más vivo, con el mayor número de particularidades esenciales. Y tengo para mí que probablemente esta misma insatisfacción la habrán sentido

hasta los mejores autores de libros, cuyo objetivo principal haya sido reflejar un ambiente. Porque yo creo en libros así, el éxito está principalmente en razón directa al localismo captado.

Luego, sacando un poco de buen humor, seguí diciéndole:

-Se me está ocurriendo ahora que si, como tú dices, lo que interesa es lo lejano y lo exótico, a lo mejor he acertado sin pensarlo. Porque mi pueblo está muy lejos. No hay más que situarse en Australia o en Noruega, y desde allí hacer el viaje. Y en cuanto a lo exótico, que lo conocieran un australiano, o un noruego -o un turco-, y ya veríamos si no lo encontraban exótico. Francamente, si no fuera porque yo no he escrito el libro para noruegos ni turcos, sino, en primer lugar, para mis paisanos, y luego, alargándome un poco, para alguno que otro de fuera de Puebla de Guzmán -dentro siempre de nuestra Patria-, y porque además entiendo que en literatura sólo lo muy bueno merece traducirse, porque cada nación no puede apurar la suya, acaso desde ahora, por lo que me has dicho -por eso del exotismo-, me pusiera a buscar traductor para los antípodas como más distantes. Pero -aquí el humor se me puso un poco triste- ¿quién me podría asegurar que los personajes del libro -Clavelito, Pedro Antonio, Peña la del Carbón, Pepa la de la Leche-, tan sencillos todos, que tan a las claras hablan y tan a la buena de Dios viven, con el tinte de otra lengua no saldrían -a pesar de lo breve y superficialmente que aparecen- como personajes un poco raros, de difícil psicología y hasta sospechosos de esconder monstruosidades en la cabeza?

Seguí hablando largo rato sin darme cuenta. No recuerdo lo que dije, pero sí que mi amigo me atajó, diciéndome:

-¡Qué bien defendemos lo nuestro!

-No. Si yo no trato de defender mi libro -hube de replicarle.

-Pues torpe soy si lo estás atacando -me dijo con una especial sonrisa.

Al oírle esta ironía fue cuando bajé de los célebres cerros, donde sin duda había ido a parar, y nos pusimos a hablar de otra cosa.

Ahora, lector, que por lo que llevo dicho creo que no te podrás llamar muy a engaño en cuanto a la clase de libro que tienes por delante, sólo tengo que añadir que si no conoces a Puebla de Guzmán -un pueblo que todavía está lejos- y sientes curiosidad -por ver si te distraes- de saber algo de cómo era antes de que allí llegasen la radio, el cine y el automóvil, abierto tienes el camino en las páginas siguientes. Si el pueblo y el libro se ganan tu simpatía, me tendré por bien pagado.

Sevilla, mayo' 1955.